

El Segundo Sexo: Actualidad y Pertinencia

The Second Sex: Up-to-Dateness and Pertinence

Gloria M. COMESAÑA-SANTALICES

Cátedra Libre de la Mujer. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.

RESUMEN

El Segundo Sexo es una obra clave para el feminismo contemporáneo, un texto fundador, *sine qua non* y de una indiscutible actualidad, aunque haya que leerlo críticamente, a la luz de nuestras categorías actuales de pensamiento. Es esa lectura crítica, partiendo de sus fundamentos filosóficos, lo que en este trabajo nos proponemos hacer.

El Segundo Sexo es a la vez una interpretación crítica de la condición femenina, desactivando la referencia naturalista y determinista en favor de la referencia cultural e histórica, y una especie de rechazo de la realidad misma de la mujer en lo que ella implica de irreductible (al tiempo que se le escapa como tal). Pues Simone de Beauvoir, aunque rechaza la biología como destino de la mujer, para destacar el rol preponderante de la historia y la cultura, le otorga un peso ontológico a lo que su ser biológico implica para la mujer. De modo que la Naturaleza, tanto como la Cultura, tienen dos caras en *El Segundo Sexo*, si lo leemos atentamente. Y eso es lo que pretendemos hacer.

Palabras clave: Feminismo, cultura, naturaleza, mujeres, patriarcado.

ABSTRACT

The Second Sex is a key work for contemporary feminism, a basic text, *sine qua non*, and of unquestioned up-to-dateness, even when it must be read critically in the light of our present day categories of thought. In this paper we propose a critical reading of this book based on its philosophical foundations.

The Second Sex is both a critical interpretation of the feminine condition, de-activating the naturalist and determinist reference in favor of a cultural-historical focus, and a sort of rejection of that same reality in those aspects which refer to irreductibility (even though this escapes analysis as such). Even Simone de Beauvoir, while rejecting biology as the destiny of women, in order to focus on the preponderant role of history and culture, gives ontological weight to what that biological being implies for women. In this sense, both nature and culture have two faces in *The Second Sex* if we read it carefully. And this we propose to do.

Key words: Feminism, Culture, Women, Patriarchate.

INTRODUCCIÓN

Desde el título de la obra, basado en un juego de palabras original y bien logrado, Simone de Beauvoir nos da la medida de su aproximación al tema de sus investigaciones: la mujer, a la vez objeto de aceptación y de repulsión, el mundo “femenino” al cual ella pertenece pero del cual no quiere formar parte... A partir de la primera lectura que hemos hecho, *El Segundo Sexo* es a la vez una interpretación crítica de la condición femenina, que desactiva la referencia naturalista y biologicista, y una especie de rechazo de la realidad misma de la mujer en lo que le parece comportar sin embargo, de inevitable y de irreductible.

Porque Simone de Beauvoir, al mismo tiempo que rechaza la biología como destino de la mujer (y de allí su “*no se nace mujer, se llega a serlo*”), le da un peso ontológico a lo que según ella la naturaleza ha hecho corresponder a la mujer: su mayor sumisión a la especie, lo que desde su punto de vista es la causa de su condición, de su ser consagrado a la inmanencia, del cual no puede liberarse sino mediante la tecnología, participando igualmente en la producción, una vez superada, con la ayuda de la ciencia y el progreso, su servidumbre biológica. Más que la Historia, es pues la Naturaleza la que es inculpada por ella como explicación de la subordinación femenina, que parecería así ser original, dato natural del cual la mujer no escaparía, sino por la Cultura. La Naturaleza, así como la Cultura, tienen dos caras en *El segundo Sexo*, si se lo lee atentamente. La Cultura es a la vez lo que oprime (al interpretar los datos naturales de una forma contraria a la mujer) y lo que libera, puesto que es en lo cultural en donde la mujer puede afirmar su transcendencia. En cuanto a la Naturaleza, no tiene por qué ser el destino (todo depende de la forma como la Cultura la interpreta), pero lo es de todas formas, ya que debido a su mayor sumisión a las necesidades de la especie la mujer sufre de un estar amarrada a la inmanencia contra la cual debe luchar para liberarse.

A pesar de todo lo que acabamos de decir, y quizás por ello, consideramos que *El Segundo Sexo* es una obra clave para el feminismo contemporáneo, un texto fundador, quizás incluso un texto *sine qua non*, y de una indiscutible actualidad, aunque haya que leerlo críticamente a la luz de nuestros “útiles de pensamiento contemporáneo”. Esta lectura crítica, partiendo de sus fundamentos filosóficos, es lo que nos proponemos hacer.

Volviendo a lo que hemos dicho más arriba, nuestra primera lectura de *El Segundo Sexo* tuvo sobre nosotros el efecto de colocarnos, con relación a la mujer y las mujeres, en el mismo estado de espíritu que en nuestra opinión era el de Simone de Beauvoir en la época de la redacción del libro: éramos mujeres, pero también seres humanos, cuya pertenencia a un sexo determinado no quería decir nada en sí misma. Queríamos así ser aceptadas en tanto que humanas y nos reencontrábamos mujeres, con todos los inconvenientes y todas las limitaciones que socialmente habían sido construidas sobre “la feminidad”.

La tendencia era pues a ser muy críticas hacia todo lo que “olía a Mujer”, a rechazar todo ese artificio que consagraba a la mujer a la inmanencia y demostrar que valíamos tanto como el hombre, el “obligatorio” sujeto de referencia.

Así comenzamos a luchar tratando, como conquistadoras, de mostrar que éramos también “primer sexo” como el otro, adoptando muchos de sus puntos de referencia. Del otro lado del espejo dejábamos a muchas mujeres “segundo sexo” que parecían justificar los terribles análisis del libro y no querer salir de su secundaria posición... Luchamos pues, nos reencontramos y escalamos el mundo, sintiéndonos por otra parte dependientes de una realidad corporal rechazada, pero de la cual seguíamos siendo de una cierta forma todavía sus rehenes.

El Segundo Sexo nos dio en ese momento el impulso y la energía, y sobre todo los útiles y las categorías de pensamiento para trabajar en nuestra liberación. No fue sino más tarde cuando comprendimos, después de otras reflexiones y debido a los avatares de la vida, que para liberarse y tratar de liberar también a las otras, hay que amar una misma a la mujer real, sexuada, diferente y diversa, y reivindicar la igualdad, y *todos* los mismos derechos e incluso otros derechos en nombre de esta diferencia originaria.

EL SEGUNDO SEXO: ACTUALIDAD Y PERTINENCIA

EL LIBRO

En el conjunto de la obra de Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo* ocupa, por derecho propio, un lugar único y señalado. Iniciado de una manera fortuita (Beauvoir, 1969:224), llegó a ser el lugar central de su producción teórica. Nosotros lo consideramos como el más acabado de sus libros, como el más leído y aquél que ha tenido una mayor influencia y repercusión. Es imposible, aún hoy en día, medir su transcendencia, y la manera como es “vivido” tanto en el interior como en el exterior de las fronteras de los movimientos feministas.

El primer tomo del libro, *Los hechos y los mitos*, fue publicado por Gallimard en Junio de 1949. El segundo tomo, *La experiencia vivida* apareció en Noviembre de ese mismo año. Desde el momento de su publicación, *El Segundo Sexo* fue un éxito editorial. Las reacciones de los lectores y lectoras no se hicieron esperar, abarcando desde la mayor expresión de gratitud y alabanzas hasta posiciones extremas de rechazo y escándalo. En todo caso, *El Segundo Sexo* fue desde el primer momento un libro polémico. Por primera vez permitía fundar filosóficamente la reflexión sobre la milenaria situación de subordinación que ha sido siempre el lote de la mitad femenina de la humanidad. La obra evita toda la absurda querrela sobre la inferioridad o la superioridad relativa de los sexos, para plantear la cuestión sobre la situación de la mujer, no al nivel de la naturaleza o la biología, sino considerándola como la consecuencia de una elaboración cultural arbitraria de los datos naturales.

El determinismo natural fue de antemano rechazado, si no como demostración más o menos al filo de las páginas, al menos como profesión de fe inicial, siendo el objetivo de Simone de Beauvoir, según su propia confesión, el de probar que “no se nace mujer, se llega a serlo”. De esta forma, el peso de las circunstancias culturales, de la educación y de los condicionamientos que nos modelan era claramente designado como la clave que explicaría la situación de desventaja en que las mujeres se han encontrado a lo largo de la historia.

REPERCUSIÓN

Para muchas mujeres, tanto en la época de su aparición como más tarde, e incluso hoy en día, *El Segundo Sexo* fue un detonador y un catalizador para tomar el control de sus vidas. Se puede ver con razón *El segundo Sexo* como el punto de partida de los movimientos feministas de la segunda mitad de este siglo, y en todo caso como uno de sus puntos de apoyo ideológicos fundamentales.

Incluso aunque pueda parecernos paradójico, es preciso decir que en el momento de escribir su obra sobre las mujeres, Beauvoir no tenía ninguna intención “feminista”. Como le ocurre aún hoy en día a muchas mujeres, Beauvoir quería ser objetiva y neutra, alejada de todos los a priori y de lo que ella llamaba la “querrela” en la cual había desembocado, a causa de la arrogancia masculina, “la cuestión de las mujeres” (Beauvoir, 1970:23). En la épo-

ca en que fue escrito *El Segundo Sexo*, el feminismo evidentemente no tenía ni el alcance ni la fundamentación teórica rigurosa que tiene actualmente. También le faltaba el éxito de las luchas, incluso parcial, y con ello la sanción de la historia, que ha hecho del feminismo uno de los movimientos claves del mundo contemporáneo. Sin quererlo, la autora de *El Segundo Sexo* contribuyó a producir todo eso, pero no podía preverlo. Podemos pues comprenderla, porque ella no pretendía ni imaginaba que iba a iniciar una oleada liberadora de las mujeres, puesto que quería solamente analizar y revelar la verdad sobre la condición femenina. Además, ella no esperaba la liberación de las mujeres de un movimiento organizado por las interesadas. Sino viniendo como una de las consecuencias de la revolución socialista (Beauvoir, 1969:232).

FEMINISMO Y SOCIALISMO

En la época de *El Segundo Sexo* y aún mucho tiempo después, Simone de Beauvoir creía que el socialismo era la única esperanza para las mujeres. E, incluso si ya en el capítulo de esta obra sobre el materialista histórico, en la parte consagrada a la Unión Soviética en la sección intitulada: "Historia", ella muestra las confusiones y las equivocaciones de la política soviética en lo que concierne a los derechos de las mujeres, no cuestiona aún la capacidad del socialismo concreto para resolverla, eliminándola, la situación subordinada de las mujeres. No será sino mucho tiempo después, debido a sus viajes a la Unión Soviética que le permitieron ver de cerca la realidad de la condición de las mujeres en Rusia, y a causa de sus contactos con los movimientos feministas que comenzaban a nacer en los Estados Unidos y en Europa, en los años sesenta y setenta, que ella va a cambiar radicalmente de actitud, hasta devenir una feminista militante y ferviente (Ibid).

Hay pues un largo y apasionante camino entre la Simone de Beauvoir que escribe *El Segundo Sexo*, pretendiendo no encerrarse en la apelación "feminista", y esta otra Beauvoir, casi veinte años después, que se consagra totalmente a la causa del feminismo. De la una a la otra se trata de la misma persona, y su recorrido es lógico y característico de muchos destinos individuales: se ve, se estudia, se analiza la situación de las mujeres objetivamente, desde la posición privilegiada de aquella que ha logrado escapar a la mayor parte de los inconvenientes y desventajas culturales del sexo y, a partir de allí se afronta, con una mayor penetración, la realidad de la condición de las mujeres.

Estas mujeres no ven la necesidad de declararse feministas¹, porque no han comprendido todavía que la lucha de las mujeres no puede ser conducida sino por las mujeres mismas. Necesitan un largo recorrido para asumir finalmente la especificidad de las luchas de las mujeres, porque su opresión es específica también. Es entonces cuando se declaran feministas, como Beauvoir lo hizo, y entienden que sus privilegios no son sino coartadas para un sistema basado sobre la explotación de ciertos seres humanos por otros, de las mujeres por los hombres en el caso que nos interesa.

Ahora bien, dicho esto, es cierto también, tal como lo comprendió Beauvoir que la denuncia la más radical y completa de una situación de opresión, la captación del *sentido*

1 Muchas mujeres que adoptan esta actitud no lo hacen de tan buena fe como Simone de Beauvoir. En la mayor parte de los casos se trata de personas que niegan la existencia de una situación de opresión de las mujeres, y que, habiendo accedido a una posición privilegiada en el sistema de instituciones masculinas, prefieren traicionar su sexo antes que perder los privilegios que individualmente han adquirido.

profundo de esta situación no puede venir sino de una conciencia que no sea enteramente prisionera de la situación que contribuye a desenmascarar. Es lo que dice, justamente, Francis Janson (1966:215) interpretando la actitud de Beauvoir: “*El Segundo Sexo* ha llegado tan bien a las mujeres, en la medida en que su autora disponía de la distancia necesaria para describir una situación a la cual ella había en parte escapado, pero de la cual seguía sintiéndose solidaria porque le seguía siendo presente, a la vez en su cuerpo (en cuanto sexualidad asumida) y en el mundo (en cuanto obstáculo a toda empresa real de humanización). Simone de Beauvoir no sufría por el hecho de ser mujer, sino por ver su propia existencia cuestionada día tras día por la permanencia de un abismo entre la mayor parte de los hombres y la mayor parte de las mujeres. Tal es el sentido profundo de una empresa cuyos efectos sobre nuestras propias conciencias aún no hemos terminado de medir”. Consideramos pues que Simone de Beauvoir era la mujer “destinada” a escribir *El Segundo Sexo*, obra que aún hoy en día, a pesar de todo lo que ha sido escrito por y sobre las mujeres desde un punto de vista feminista, no tiene igual, y de la cual se podría decir incluso que sigue siendo insuperable. Además, encontramos que, desarrollándolas o no, ella enunció ya todas las categorías fundamentales del feminismo (incluso si no las designa explícitamente con el nombre que tienen hoy en día), los temas que son preciso recorrer y profundizar, e incluso los métodos que hay que utilizar para tratar adecuadamente el tema. Esto sin mencionar, puesto que ya lo hemos señalado antes, su empresa de fundamentación filosófica de lo que se llamará más tarde la teoría feminista.

FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS

Queremos ahora analizar brevemente los fundamentos filosóficos de *El Segundo Sexo* y la interpretación beauvoiriana del origen de la situación subordinada de las mujeres.

Desde la *Introducción*, la autora lo dice claramente: la dialéctica hegeliana de las conciencias y el existencialismo sartreano le permiten encontrar las categorías claves para comprender la problemática de la condición femenina. Las relaciones particulares que unen la mujer al hombre son explicadas aquí a partir de la noción de alteridad en su doble sentido, concretándola mediante la dialéctica de la conciencia, dialéctica del Amo y del Esclavo tal como la describe Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*. En efecto, nos dice Beauvoir, “la categoría del *Otro* es tan original como la conciencia misma” (Beauvoir, 1970:13, Tomo 1). Para definirse en cuanto tal, toda conciencia debe enfrentar a una conciencia opuesta que, captándola en tanto que otra, va a tratar, tal como Hegel lo explica, de imponerse a ella y de ser reconocida por ella. Recíprocamente, la otra conciencia lo opone el mismo intento y una pretensión similar. Conocemos ya la solución hegeliana a este enfrentamiento de las conciencias mediante la dialéctica del Amo y del Esclavo, y no vamos a exponerla aquí. Lo que nos interesa con Beauvoir, es señalar la importancia de la alteridad y del enfrentamiento conflictivo entre las conciencias para explicar, partiendo de allí, las relaciones entre los sexos y el rol subordinado que ha jugado siempre el lote de las mujeres.

Así nos dice ella, el hombre encuentra en la mujer no solamente otro individuo, otra conciencia, sino también la expresión misma, por excelencia, de la Alteridad. “Ya se ha dicho que el hombre no se piensa jamás sino pensando al *otro*; capta al mundo bajo el signo de la dualidad y, en principio, esta no tiene un carácter sexual. Pero, siendo naturalmente distinta del hombre, que se plantea como lo mismo, la mujer está clasificada en la categoría de lo Otro; lo Otro envuelve a la mujer...” (Beauvoir, 1970:95, Tomo 1).

Llega pues un momento en que la mujer se convierte en la representación absoluta de la Alteridad. Su realidad en cuanto conciencia, en cuanto individuo Otro pero semejante,

pasa a un nivel secundario, y desaparece casi en favor de este rol de Alteridad Absoluta que se le atribuye. Ahora bien, lo que hace que esta situación sea problemática, no es tanto el que la mujer sea para el hombre la expresión misma de la Alteridad Absoluta (ella podría verlo a él de la misma forma), sino lo que viene a añadirse a ello: la valoración negativa que se hace de lo que es Otro, y el carácter aparentemente irreversible de esta designación. Así, al Otro, y en este caso a la mujer, se le atribuye todo lo que se sitúa del lado del Mal: A lo largo de la historia la mujer ha sido caracterizada como oscuridad, pasividad, maldad, noche, irracionalidad, etc. De las parejas de opuestos que se pueden construir a partir de todos los conceptos u objetos, se ha atribuido siempre a la mujer todo lo que es valorizado como negativo, malo o inferior.

Sin embargo, esto no sería aún suficiente para determinar una conciencia femenina oprimida, sino se añadiese a ello el carácter irreversible que hasta el presente han tenido las relaciones entre los hombres y las mujeres. ¿Por qué la conciencia mujer, como cualquier otra conciencia-objeto no ha invertido la situación? ¿Por qué, tal como ocurre en todos los otros enfrentamientos entre conciencias, las mujeres no han reclamado la reciprocidad? “¿Cómo es posible, que esa reciprocidad no se haya planteado entre los sexos y que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, y negado toda relatividad a su correlativo, definiendo a éste como la alteridad pura? ¿Por qué las mujeres no discuten la soberanía del macho?” (Beauvoir, 1970:14, Tomo 1).

¿Cuál es la causa de esta aceptación sumisa de su condición por parte de las mujeres? La respuesta que da aquí Simone de Beauvoir no nos parece totalmente aceptable, y no concordamos aquí con la dirección que adopta entonces su pensamiento. Pero, ante de pasar a discutir esto, queremos señalar los otros puntos de referencia conceptuales en los cuales se apoya su pensamiento.

Tanto como de Hegel y de su dialéctica de las conciencias, la Simone de Beauvoir de *El Segundo Sexo* se vale, tal como ella misma lo indica, del existencialismo sartreano: “La perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista” (Beauvoir, 1970:25, Tomo 1).

Siguiendo este punto de vista, nos dice Beauvoir, el problema de la mujer es que siendo sujeto, existencia y libertad, lo mismo que lo es el hombre, ella debe actuar y elegirse en un mundo construido exclusivamente por los hombres que le imponen reconocerse como Alteridad Absoluta, como existencia degradada en inmanencia, como conciencia-objeto sometida a la conciencia-sujeto masculina: “El drama de la mujer, es ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto, que se plantea siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inessential” (Beauvoir, 1970:25, Tomo 1).

Sólo el existencialismo, que rechaza todo determinismo, puede realmente fundar una doctrina de la liberación de la mujer así como cualquier reflexión sobre este tema que pretenda ser objetiva y sin a prioris. Porque el existencialismo no parte de ningún supuesto, salvo, si se quiere, de la libertad, que sin embargo no es otra cosa sino la nada que somos originariamente.

Simone de Beauvoir se vale también, pero en un menor grado, de Freud y de Marx. Sería más exacto decir que ella admite, pero de una manera muy restringida, sobre todo en el caso de Freud, ciertos aspectos de la interpretación, que tanto el psicoanálisis como el materialismo histórico hacen de la condición femenina. En los dos casos Beauvoir encuentra una falla esencial que marca la debilidad de estas doctrinas, y es que ambas aceptan (monismo sexual o económico) lo que deberían previamente explicar recurriendo a las categorías ontológicas que definen al existente. En este sentido, y en la medida en que ella les re-

conoce algún valor, Simone de Beauvoir no se priva de utilizar, en ciertos capítulos de su obra, conceptos tomados tanto del psicoanálisis como del materialismo histórico.

En el último de estos casos, compartimos su decisión, puesto que consideramos que aportes como los de Marx, Engels o Bebel a la causa de las mujeres son fundamentales. Sin embargo nos alejamos de ella en cuanto a la importancia, que, a pesar de las críticas que le hace al psicoanálisis, le atribuye a algunos de los aspectos de la teoría freudiana, sobre todo en cuanto a la utilización que hace de la misma, particularmente en el segundo volumen de su obra.

CAUSA DE LA SUBORDINACIÓN DE LAS MUJERES

Queremos volver ahora sobre la respuesta de Simone de Beauvoir a la cuestión que ella misma se plantea en la *Introducción* de su libro. ¿Qué causa puede explicar el hecho de que, a lo largo de la historia, jamás las mujeres se hayan organizado para invertir la situación a su favor o al menos, y mejor, para equilibrarla?

En su respuesta, creemos que, a pesar de su decisión de alejarse de todo determinismo, Beauvoir le da demasiada importancia a la biología y a lo natural, incluso si no olvida referirse a lo histórico. Y, aunque afirme que por sí mismos los datos biológicos no son significativos, y que todo depende de su valoración por la conciencia, el hecho es que, en su opinión, desde los tiempos primitivos, interpretando de una forma poco favorable la biología, la cultura decide contra la mujer. Esta, nos dice, ha estado siempre oprimida; jamás, incluso en las épocas que han celebrado lo Femenino, la mujer no ha cesado de ser la vasalla del hombre.²

(...) siempre ha habido mujeres, éstas lo son por su estructura fisiológica; por lejano que sea el tiempo histórico al cual nos remontamos, han estado siempre subordinadas al hombre: su dependencia no es consecuencia de un acontecimiento, o de un devenir, no es algo que ha *llegado*. La alteridad aparece aquí como un absoluto, porque escapa en parte al carácter accidental del hecho histórico. Una situación que se ha creado a través del tiempo puede deshacerse en un tiempo posterior (...). En cambio, parece que una condición natural desafía al cambio. En verdad, la naturaleza no es un dato inmutable, del mismo modo que no lo es la realidad histórica. Si la mujer se descubre como lo inesencial que nunca vuelve a lo esencial es porque ella misma no opera esa vuelta. "(Beauvoir, 1970:15, Tomo 1).

En este fragmento, encontramos ya lo que va a ser una constante en *El Segundo Sexo* y que lo marca con el sello de la contradicción: hay un ir y venir entre la posición culturalista, y evidentemente existencialista, que afirma que la mujer ha *devenido tal* ("no se nace mujer; se llega a serlo", es lo que llamamos hoy en día, para mayor comodidad teórica el *género*) y una cierta e incluso fuerte aceptación de lo que es natural, inevitable. "Su dependencia no es algo que ha *llegado*". Es lo que provoca constantemente, a lo largo de la lectura

2 Actualmente habría que reformular esta cuestión a la luz de los movimientos de mujeres contemporáneos, incluido el que en nuestra opinión es el más organizado, el más universal y el más fuerte teóricamente: El feminismo de después de los años sesenta-setenta con sus diferentes versiones.

del libro, un malestar recurrente, una tensión muy desagradable para muchas lectoras preparadas, que han tomado ya una posición en cuanto al problema de la mujer, o que sienten, aún intuitivamente, que las situaciones que viven, no son justas para las mujeres, y que ellas no corresponden a su auténtico ser y realidad.

En este sentido, podemos decir, con Silvie Chaperon (1997:113), que, ciertamente, si las fallas del sistema beauvoiriano son discernibles, se debe al hecho de que “numerosas alumnas han superado a su maestra”, siendo éste “el mayor homenaje que se le pueda rendir”. Sin embargo, consideramos que no se necesita tener una formación en la teoría feminista, ni incluso una formación académica, para reaccionar con un cierto grado de molestia ante algunas de las posiciones tomadas por Beauvoir, o ante algunos de sus análisis, incluso con respecto a su utilización a veces un poco forzada del existencialismo para explicar la condición de la mujer³. Ella lleva a menudo a un rango de caracterización ontológica lo que no tiene sino un peso histórico o cultural. Así, la causa de todo, en cuanto a la condición femenina, es la particular biología de la mujer, que la destina a la maternidad y por ello la somete más fuertemente a la especie. Al lado del hombre guerrero y cazador, la mujer, consagrada a la alimentación y crianza de sus hijos y a otras actividades sedentarias, no tiene prestigio, puesto que se limita a cumplir la función natural de repetir la vida al reproducirla, pero no proyecta ni crea nada nuevo, y por ello no afirma su existencia tal como lo hace el hombre al arriesgar su vida en empresas guerreras o de caza:

“(…) El hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida no al darla: Por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra. Tenemos aquí la llave de todo el misterio (...) El hombre asegura la repetición de la Vida al trascender la Vida por la existencia, y por medio de esa superación crea valores que niegan todo valor a la pura repetición (...) Al plantearse como soberano encuentra la complicidad de la mujer misma, porque ella es también un existente, está también habitada por la trascendencia y su proyecto no es la repetición, sino su superación hacia un otro porvenir; ella encuentra también en el corazón de su ser la confirmación de las pretensiones masculinas. (...) Su desgracia es haber sido consagrada biológicamente a repetir la Vida, cuando a sus mismos ojos la Vida no lleva en sí sus razones de ser y esas razones son más importantes que la vida misma.” (Beauvoir, 1970:90-91).

La clave de todo se encuentra aquí, según la autora, en la valoración diferente que la conciencia humana hace del sexo que mata y del sexo que engendra. Y esto, en su opinión, tiene una raíz ontológica. Jamás, históricamente, la mujer ha ocupado el buen lugar. Incluso en los períodos históricos en que la maternidad ha sido fuente de un cierto prestigio para ella, e incluso adorada en tanto que Madre, Tierra o Diosa, la mujer no ha obtenido ningún beneficio concreto. “(...) El poder político ha estado siempre en manos de los hombres” (Beauvoir, 1970:97).

3 Basta con leer, para comprender lo que queremos decir, la sección “Historia” sobre todo su primera parte, páginas 87-108 de la edición de *El Segundo Sexo* que nosotros utilizamos.

Como podemos ver, a lo largo de la primera parte de esta sección de *El Segundo Sexo* (Tomo:1) intitulada "Historia", la visión que Beauvoir tiene de la mujer primitiva es totalmente negativa e incluso las actividades que realizaba en su medio no contribuyen a otorgarle a sus ojos ningún prestigio. Pareciera que encontrase placer en representar a las mujeres primitivas como seres improductivos, aplastados bajo el peso de la maternidad, constituyendo una carga para el conjunto de su clan. Ella no ve allí lo que su posición tiene de absurdo e incluso su extremismo naturalista, puesto que no se interesa mucho en las importantes realizaciones de las mujeres primitivas, que las llevaron a inventar nuevas técnicas de supervivencia en el mundo.

Para Beauvoir el mérito de todo esto sólo lo tienen los machos primitivos, siguiendo en eso entre otros muchos a Lévi-Strauss, del cual conocía ya sus teorías, aún no publicadas en la época. Cuando habla del patriarcado considera que no viene sino a confirmar y concretar la condición subordinada de la mujer, partiendo de una evolución que le parece ver inscrita en el orden mismo de las cosas. La tendencia hacia el patriarcado le parece pues ineluctable, y ella va incluso hasta exaltarlo y justificarlo como necesario y como un progreso para la humanidad. Esta valorización del patriarcado se acompaña de una fuerte desvalorización de la mujer. Esta desvalorización le parece necesaria también, porque es el único medio para que la humanidad pueda avanzar:

Poco a poco el hombre ha mediatizado sus experiencias, y tanto en sus representaciones como en su existencia práctica, ha triunfado el principio macho. El Espíritu le ha hecho triunfar sobre la Vida, la transcendencia sobre la inmanencia, la técnica sobre la magia, y la razón sobre la superstición. *La desvalorización de la mujer representa una etapa necesaria en la historia de la humanidad*, porque su prestigio no prevenía de su valor positivo, sino de la debilidad del hombre; en ella se encarnaban los inquietantes misterios naturales: el hombre escapa de su autoridad cuando se libera de la naturaleza (Beauvoir, 1970:101. Subrayamos nosotros).

Todo esto podría sorprendernos si no hubiésemos mostrado ya la concepción tan negativa que Simone de Beauvoir tiene de las mujeres primitivas. Solamente el terrible panorama que ella ha descrito puede permitirnos comprender estas afirmaciones que, ven en la derrota de la mujer algo de benéfico para la humanidad. Su devaluación viene a ser así el corolario del triunfo ineluctable del patriarcado. Para ella, el patriarcado no es simplemente el resultado histórico de una evolución del régimen económico y de filiación que "ha desplazado" y ha perjudicado a las mujeres, sino un progreso, una etapa fundamental en la historia humana. Y, detrás de la importancia del factor económico Beauvoir percibe siempre el aspecto ontológico de las cosas:

Así el triunfo del patriarcado no fue ni un azar ni el resultado de una evolución violenta. *Desde el origen de la humanidad su privilegio biológico ha permitido a los machos afirmarse solos como sujetos soberanos*, y no han abdicado nunca ese privilegio, (...) Es posible, sin embargo, que si el trabajo productor hubiese seguido siendo proporcionado a la medida de sus fuerzas la mujer hubiera realizado la conquista de la naturaleza con el hombre (...) Lo que le ha sido nefasto es que, al no convertirse en una compañera de trabajo para el obrero, ha sido excluida del *mitsein* humano: esa exclusión no se explica por el hecho de que la mujer sea débil

y de capacidad productora inferior; el macho no reconocía en ella a un semejante porque ella no participaba de su manera de trabajar y pensar y porque permanecía sujeta a los misterios de la vida; dado que no la adoptaba, dado que conservaba ante sus ojos la dimensión del *otro* el hombre no podía sino hacerse su opresor. La voluntad macho de expansión y dominación ha transformado la incapacidad femenina en una maldición. (Beauvoir, 1979:103-104. Subrayamos nosotros).

En efecto, si como Simone de Beauvoir lo presenta, a causa de su "privilegio biológico" el hombre expresa mejor la transcendencia, y la mujer, también a causa de su biología, está condenada a la immanencia, solamente un régimen patriarcal podía conducir a la humanidad a una situación más rica en progreso y en razón, superando las aguas pantanosas de una feminidad sometida a la naturaleza ciega y repetitiva. Todo esto resulta de la interpretación ontologicista de los datos naturales y de la valoración extremadamente negativa de los parámetros biológicos que hacen a la mujer diferente del hombre. De esta forma vemos aún más claramente la gran contradicción (que era quizás en aquel momento un punto de tensión inevitable) que atraviesa la obra de Simone de Beauvoir y que está en el origen del malestar que se experimenta al leer esos párrafos.

A todo ello debemos añadir otro punto débil en su obra, superado ya por la Teoría Feminista contemporánea. En efecto, al tiempo que crítica como causa de la condición de subordinación de las mujeres, la afirmación del hombre como Sujeto (Único) y el confinamiento de la mujer en la alteridad, y la Alteridad Absoluta, sin que sea posible, al menos en ese momento, la inversión de este estado de cosas, ella adopta igualmente, tanto para explicar la relaciones inter-sexos, como para tratar de encontrar una solución, ese mismo punto de vista aparentemente neutral y universal que hace del Sujeto macho la exclusiva y única forma pretendidamente neutra de ser Sujeto. Si uno no es Sujeto a la manera del macho, uno no puede sino ser el otro, según, Beauvoir.

En todos estos análisis que ella hace de las mujeres y los hombres primitivos y del surgimiento del patriarcado, así como en su explicación de la perennidad de la opresión femenina, podemos constatar de nuevo la importancia que, a pesar de su rechazo de toda forma de determinismo, la autora le atribuye a la biología. Ni lo psicológico, ni lo biológico, pueden marcar un destino a la mujer, nos dice, e insiste en ello. La opresión de la mujer tiene una historia, es consecuencia de una valoración humana, que retoma los datos naturales y los interpreta a la luz de ciertas ideas y valores, nos dice también. Pero, a la vez, esta opresión le parece como algo dado, algo que escapa al carácter contingente de la Historia:

Siempre ha habido mujeres; estas lo son por su estructura fisiológica; por lejano que sea el tiempo histórico al cual nos remontamos, han estado siempre subordinadas al hombre: Su dependencia no es consecuencia de un acontecimiento, o de un devenir, no es algo que ha *llegado*. La alteridad aparece aquí como un absoluto... (Beauvoir, 1970:15).

No se puede ser más clara y más incoherente a la vez. El hecho es que para Beauvoir la opresión de la mujer siempre ha sido; desde el momento en que ha habido hombres y mujeres en el mundo, la mujer ha estado subordinada al hombre, y esto, pareciendo originario, reviste un carácter absoluto. Y como dice unas líneas después, y muy lucidamente, "una si-

tuación que se ha creado a través del tiempo puede deshacerse en un tiempo posterior" (...) En cambio, parece que una condición natural desafía al cambio (Beauvoir: *Ibid*).

Y si bien pues, lo que es más importante según ella para explicar el origen de la opresión no es la particular biología de la mujer, sino la valoración que la sociedad hace de ella, la realidad es que, el factor biológico, diga ella lo que diga, es aquí en su opinión fundamental. Así pues podemos permitirnos acusar a Beauvoir de biologicismo y reconocer que, desde este punto de vista sus explicaciones exigen una corrección.

En cuanto a su recurso a la ontología para explicar la condición oprimida de la mujer, tenemos también que señalar, tal como ya lo hemos dicho, que esto no hace sino empeorar las cosas para las mujeres, dándole un carácter esencial a lo que no es sino contingente y arbitrario producto cultural. Además, parece que no nota, (y quizás no podía hacerlo en la época), que fuerza las cosas al atribuir a las mujeres y hombres primitivos nociones y valores que no eran los suyos, sino que corresponden a otros tiempos y culturas, Nociones y valores que se han forzado después de la aparición del patriarcado como otras tantas justificaciones ideológicas de la dominación masculina, y que los pueblos primitivos no podían haber desarrollado aún.

Manejando fundamentalmente nociones filosóficas existencialistas y hegelianas, ella hace una interpretación bastante tendenciosa de los datos naturales, llevando agua al molino de aquellos que han encontrado siempre justificaciones "naturales" a la opresión de las mujeres. En este caso la cuestión es más grave, puesto que ella reviste de un peso ontológico datos biológicos que originalmente son neutros en cuanto a su valoración e interpretación. Podemos pues decir, que, en relación a la llamada "debilidad" femenina y a "la sumisión" de la mujer a la maternidad, Beauvoir no sale de los caminos convencionales. Se puede incluso decir que ella no hace aquí sino reflejar su propios rechazos y sus prejuicios personales. Quizás no podía, en esos momentos, hacer otra cosa, tal como lo indica, en su excelente trabajo, Sylvie Chapron (1997:138):

Los pasajes biologicistas y misóginos de *El Segundo Sexo* deben ser interpretados como otros tantos fracasos, tentativas infructuosas de arrancarse a la biología naturalista, o según un vocabulario más científico, de ruptura epistemológica inacabada. Lo que se lee en *El Segundo Sexo* es una conciencia alienada, es un pensamiento que trata de liberarse sin lograrlo completamente, es un esfuerzo no totalmente logrado pero que transmite a otros los útiles para tratar nuevamente de ir más lejos.

Es quizás así como hay que leer ahora las incoherencias, las tensiones internas, las contradicciones de *El Segundo Sexo*. Como la elaboración de un pensamiento sobre la mujer que se busca y busca ser liberador, iluminar, explicar lo que ha sido siempre aceptado sin discusión. Que ella no lo logre completamente, no le quita nada al carácter, no solamente pionero, sino fundador de su obra, sin la cual es seguro que el feminismo contemporáneo no hubiera tenido ni la profundidad ni la fuerza que, gracias a los útiles beauvoirianos ha tenido y sigue teniendo actualmente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beauvoir de, Simone (1970): *El Segundo Sexo*. S.XX. Buenos Aires.

Beauvoir de, Simone (1969): *La Fuerza de las Cosas*. Sudamericana, Buenos Aires.

Beauvoir de, Simone (1975): "Simone de Beauvoir et la Lutte des femmes", Revue *L'Arc*. nº 61. Aix-en-Provence.

Chaperon, Sylvie (1997): "La Deuxième Simone de Beauvoir", en *Les Temps Modernes*. Avril-Mai nº 593.

Janson, François (1966): *Simone de Beauvoir ou l'Entreprise de Vivre*. Seuil, Paris.